

14 de septiembre de 2026 - Fiesta de la Cruz Gloriosa

[Num 21,4-9; Fil 2,6-11; Jn 3,13-17](#)

Homilía

Nuestros misales suelen llamar a la fiesta de hoy "*Fiesta de la Cruz Gloriosa*". Esta es sin duda una expresión muy hermosa, pero el nombre tradicional de esta fiesta, que es una traducción literal del nombre griego, es la "*Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz*". La palabra "exaltación" es admirablemente ambigua. Puede referirse al movimiento de levantar la cruz en la que se encuentra un condenado (en el acto mismo de la crucifixión), o puede referirse al movimiento de levantar la cruz en alto en triunfo y gloria.

Una ambigüedad igualmente fuerte se encuentra en las palabras de Jesús recogidas por Juan: "*cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí*". La Cruz está en el centro de la paradoja cristiana, o más bien es la punta de la misma: la vida viene de la muerte, la Cruz se levanta para dar vida, un crucificado es fuente de vida. Esta paradoja es el signo y el anticipo de la gran inversión escatológica de situaciones prometida por Dios: los que lloran se alegrarán, la mujer estéril dará a luz, los pobres reinarán, los hambrientos se saciarán y los muertos vivirán.

El himno cristológico citado por Pablo en el capítulo 2 de su Carta a los Filipenses, que tuvimos como segunda lectura, describe bien cómo la exaltación suprema de Cristo, en su resurrección, es un movimiento ascendente que sigue al de su descenso entre nosotros, en su encarnación. Él, que era igual a Dios, se rebajó, se aniquiló, se hizo obediente hasta la muerte en la cruz. Por eso el Padre lo exaltó y le dio el nombre sobre todo nombre.

Asumir la cruz, es decir, aceptar el sufrimiento, aunque sea inocente, es una dimensión esencial del seguimiento de Cristo. También lo es la abnegación y la imitación obediente de Cristo, que tomó su propia cruz por amor a todos nosotros.

Para poder aceptar la presencia de la cruz -o del sufrimiento- en nuestra vida, al igual que para poder amar y dejarnos amar, debemos superar el miedo. Hay un miedo innato al sufrimiento en los seres humanos, al igual que hay un miedo a amar y ser amado, junto con el deseo de amar y ser amado. En realidad, para crecer, tanto humana como espiritualmente, tenemos que superar muchos miedos.

En primer lugar, tenemos que deshacernos de los miedos de nuestra infancia que podemos haber arrastrado a nuestra vida adulta,

miedos que pueden haber estado bien fundados cuando éramos niños, pero que ahora son completamente irracionales. Entre ellos está el miedo al sufrimiento, que probablemente nunca es agradable, pero sin el cual no hay vida, ni nacimiento ni crecimiento.

Y luego están todos los miedos que no nos pertenecen, pero que nos son transmitidos: los que persiguen a nuestros seres queridos y que fácilmente hacemos nuestros; los que se transmiten a través de los medios de comunicación y que tan fácilmente utilizan los políticos y los demagogos. La fecha del 11 de septiembre de 2001 seguirá siendo el símbolo de todos nuestros miedos colectivos, tan fácilmente explotables.

Por último, están nuestros propios miedos, aquellos que tienen una base en nuestra vida personal, que están vinculados a las heridas del pasado o a la experiencia de nuestros propios pecados. Es sobre todo de esto de lo que necesitamos liberarnos, de lo que necesitamos rezar a Dios para que nos libere. Ser libres de nuestros miedos no significa necesariamente hacerlos desaparecer, sino evitar que nos paralicen. Jesús, en el Huerto de los Olivos, al acercarse a su supremo descenso a la muerte, se vio embargado por la angustia hasta producir sudor de sangre. Fue en la aceptación plena del sufrimiento, a pesar de la angustia y el miedo, donde mereció ser exaltado por su Padre a la gloria eterna, después de ser exaltado en el madero de la cruz.

"Cuando sea levantado de la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí..." Entre los que Jesús atrajo hacia sí desde la cruz estaba María, su madre. (Mañana celebraremos la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores). Esta mujer, que ciertamente no era ajena al sufrimiento y que una vez cocinó el pan diario de su familia, nos dio a su Hijo como el pan de la vida. La Eucaristía que celebramos cada día confiere la fuerza de la cruz de Cristo a todos nuestros sufrimientos cotidianos, pequeños o grandes, así como a los sufrimientos de la humanidad, y nos permite así participar en su exaltación a la derecha del Padre, es decir, en su "cruz gloriosa".

Armand Veilleux